

La aldea triunfante

LA Internacional Verde, la Unión de campesinos propietarios, comienza a ser acaparada por Checoslovaquia. Uno de sus jefes, el presidente del gobierno aldeano de Bulgaria, Stambulinsky, ha declarado que dicha Internacional Verde iba a adherirse a la Sociedad de Naciones: «Hay que unir a los aldeanos de todos los países donde esta clase social está en mayoría—ha dicho el célebre político búlgaro—, para con su ayuda poner fin a las diferencias internacionales». Parece que el gobierno de Praga intenta realizar esta idea.

La Internacional Verde se apoya en la pequeña propiedad de la tierra.

Es la hija de la gran conmoción universal originada por la conflagración de 1914. Cuando el bolchevismo estremecía al Occidente, los gobiernos próximos a Rusia decretaron reformas agrarias. Así en Polonia, en Estonia, en Lituania, en Rumanía, en Bulgaria, en Hungría, en Servia. Era la vacunación contra el comunismo. Y mientras tanto, en la cuna del comunismo triunfaba la paradoja de una democratización terrícola. El «mujik» ruso nada sabía ni quería saber de Carlos Marx. Se apoderaba de la tierra. Se la repartía. La defendía con uñas y dientes de las invasiones de los guardias rojos. Y sentía que se centuplicaba su odio a la ciudad. Un campesino ruso decía al yanqui Poole: «Todas las cosas positivas se hacen en las aldeas. ¿Qué clases de cosechas se levantan en las ciudades? Nada más que grandes duques, bolcheviques y borrachos. De las ciudades no necesitamos para nada. Aldeas unidas por ferrocarriles. He aquí el ideal».

Compárese el anterior lenguaje con esta declaración del *Eco de Bulgaria*, el órgano semioficial del citado Stambulinsky: «Hasta ahora la aldea había sido guiada por otros hacia el progreso. Desde ahora la aldea será su propia guía. La aldea ya representa por sí misma un factor avanzado de la civilización».

La reforma agraria, hecha precipitadamente por miedo al bolchevismo en la Europa Central y en la Europa Oriental no rusa, ha tenido como primer efecto la mejora de la vida material de la clase aldeana. Zagorski cuenta que un campesino de la «putza» de Hungría le resumió así la nueva situación: «Antes llevaba mis gansos a los mercados de las ciudades y me alimentaba de patatas. Ahora vendo las patatas en las ciudades y me como los gansos».

Todavía es pronto para calcular las consecuencias económicas de la re-

forma; pero es indudable que la ascensión a la propiedad de mucho millones de colonos y proletarios terrícolas tiene que ser beneficiosa para la economía total del mundo. Los horrores latifundistas del régimen boyardo en Rumanía han sido reemplazados por una intensificación enorme de cultivo. Es verdad que una gran finca labrada con todos los adelantos modernos producirá más con menos costo, que la finca misma subdividida en parcelas; pero esta última, en cambio, es base social de numerosas y útiles familias, elementos de conservación y armonía. Por otra parte, en la Europa Central y Oriental, la gran propiedad estaba pésimamente cultivada. Poco antes de la gran guerra, el yerno de Francisco José, barón Seefried, transformó en hacienda de recreo los prados de treinta propietarios de la Baja Austria que surtían, con otros, a Viena de carne, manteca y leche. Estos productos subieron inmediatamente de precio en los mercados de la capital. Al mismo tiempo, el príncipe Hohenzollern compró sus heredades a centenares de pequeños propietarios húngaros y reuniéndolas hizo de todas ellas un inmenso coto de caza. El contragolpe económico se sintió en Budapest inmediatamente.

¿Qué influencia tendrá esta irrupción de campesinos propietarios organizados en la política europea? Unánimemente consideran a las ciudades focos de corrupción. Unánimemente se oponen al industrialismo. Piden el libre cambio de productos manufacturados, aunque estorban las importaciones de artículos agrícolas y ganaderos. En Hungría protegen a los judíos contra el antisemitismo de las ciudades. En Rusia reducen prácticamente, en un 95 por 100 del territorio eslavo, el bolchevismo a la impotencia. En Austria vuelven la espalda a Viena, la urbe corruptora y tentacular, albergue de 300.000 empleados sin empleo, y la dejan morir fríamente de hambre. En Bulgaria, después de haber aplastado al militarismo, exterminan a los rojos. En Alemania, la asociación aldeana agraria lucha ferozmente con la asociación anseática mercantil. En Ser-

via, el partido aldeano inscribe en su programa: «Todos los privilegios de que gozan las ciudades a costa de las aldeas deben ser abolidos».

(Véase el estudio de Mitrang, *Reconstrucción Agraria*, publicado a la vez en el *Manchester Guardian* y en *Ingeniería y Construcción*, de Madrid.)

Gorki vaticinó recientemente que la inmensa ola agraria del Oriente de Europa crearía, al inundar la vida pública, formas nuevas de civilización originales y poderosas que asombrarán a los ideólogos del occidentalismo.

La aldea, en suma, se levanta contra la ciudad. La ciudad al ver cómo se alzaba en el horizonte la bandera roja, tuvo miedo. Y entregó con limitaciones, con formalidades jurídicas, el campo a los campesinos. Ahora el campo libre y fuerte con su propiedad nueva, lejos de agradecer a la ciudad el magnífico don, se alza contra ella.

Hace muchos años que Melin predicó la vuelta a los campos. Quería que los hombres abandonaran la aglomeración febril, el hormiguero gigantesco y envenenado, por los agros verdes donde duermen las cosechas futuras.

Mas no son los hombres de las aglomeraciones los que vuelven a los agros. Son los agros, manumitidos, ricos, los que enseñan el puño a las ciudades y las hambread. Les venden poco. Les venden caro. Las odian. Se apartan de ellas con desprecio y con ira. Se les antojan flores monstruosas de una civilización artificial, enemiga de la vida sana, fácil y fecunda. La ciudad es la guerra, la utopía que hace delirar, la fábrica que extenua, la taberna que asesina. En ella se grita y se miente; en ella se engaña...

Los árboles todavía no nos dejan ver el bosque. Dentro de cincuenta años, el agrarismo aldeano habrá cristalizado políticamente en Europa. Su Internacional Verde tal vez haya triunfado.

Tranquilicémonos recordando las palabras de Seignobos: «No hay régimen más pacífico que una democracia de aldeanos propietarios. Desde que el mundo existe, ninguna comunidad semejante ha deseado nunca, preparado o comenzado una guerra».

FABIAN VIDAL

(*La Voz*, Madrid).

Glosas

LACAS

HABÍA una estética del arte decorativo, según William Morris. Pero hay una estética del arte decorativo

según Walter Pater. William Morris os ornamentaba el aposento con tapices y con molduras, líneas locas y tintas murientes, temas florales y es-